

bóveda plantar del pie está anatómicamente formada por dos bóvedas secundarias, yuxtapuestas por la parte anterior y superpuestas y fusionadas con un pilar común por la parte posterior, denominándose bóveda de apoyo la externa y bóveda de movimiento la interna. Como toda bóveda, está formada por sillares, y en este caso, en la plantar, los huesos del tarso, acoplados unos a otros en forma más o menos de cuña, vienen a formar esta bóveda plantar. Pues bien, esta bóveda tiene que perforarse para que el clavo penetre y queden fijados los pies en el madero, no puede romperse ningún hueso, sabemos por las Sagradas Escrituras que así ha de ser. ¿Cómo entonces fué clavado? Lo probable es que el clavo entró en lo que en Anatomía se estudia con el nombre de articulación de Chopart, penetrando en los huesos, forzando la articulación, con la consiguiente rotura de ligamentos; esto es dolorosísimo y ha de hacerse a fuerza de martillazos, tanto en el número de ellos como en la fuerza empleada en los mismos. Desde luego, ni el número ni la fuerza empleada serían escasos, ya que los instintos criminales y el coraje de los perversos sentimientos prestan energía inusitada a los músculos de los cobardes para llevar a cabo la maldad.

Ya está Jesús en la Cruz. Su espalda, denegrida por la sangre de la flagelación, está apoyada en la tosquedad del madero; sus hombros heridos, primero por la flagelación y después por el peso de la Cruz desde el Pretorio al Calvario; sus manos y pies, taladrados por clavos groseramente trabajados que, al penetrar, han destrozado tendones, magullado músculos, forzado articulaciones y roto ligamentos. ¿Qué sensación sería la de Jesucristo? ¿Qué tortura inconcebible no sería la de Jesús al quedar su Cuerpo suspendido de los clavos, que como es natural desgarrarían sus manos y forzarían más sus traumatizadas articulaciones, y qué contracciones de defensa no recorrerían sus músculos, tetanizándolos? No se nos alcanza más explicación que el que siendo la voluntad de Jesús el padecer por nosotros en grado sumo, por el infinito amor que sentía por los hombres y alentado por su interminable Misericordia, este terrible suplicio respondía cumplidamente a los deseos de Su Santísima Voluntad.

Sólo una vez y por su boca, expresa Jesús el estado morbozo de su economía y dice: «Sed tengo». Es la sed devoradora de los que sufren el suplicio de la crucifixión, aumentada en Jesucristo por la deshidratación de los tejidos, que sigue a las intensas hemorragias; sed devoradora porque las causas van aumentando; los vasos que contienen la escasa sangre que queda en su Cuerpo, actúan como ventosas, y roto el equilibrio osmótico y el isotónico del plasma sanguíneo y los tejidos vivos, los vasos han de reponer la pérdida reabsorbiendo el plasma en todos los elementos de la economía, y sus efectos se denuncian más en las mucosas por su delicada

estructura y en especial en la boca; por eso es la ansiedad de Jesús en sus palabras: «Sed tengo».

V.—LA LANZADA EN EL COSTADO

La Muerte de Jesús tiene lugar en Viernes de preparación o parasceve, como San Lucas lo denomina, y como el sábado no podían quedar el Cuerpo del Maestro y el de Dimas y Gestas colgados en la Cruz, por ser el sábado el día de la Pascua, los judíos obtuvieron de Pilato la autorización para quebrar las piernas a los ajusticiados, suplicio tan doloroso que ocasionaba la muerte por inhibición cardíaca. En efecto: así fué hecho con Dimas y Gestas, que, aunque crucificados, habían sufrido un suplicio menor que Jesús; pero el Divino Ajusticiado había muerto y no fué preciso el quebrarle las piernas, cumpliéndose así la Escritura «Ningún hueso le quebraréis», profecía del Exodo, Cap. XII, Ver. 46, refiriéndose al Cordero Pascual, figura de Jesucristo. Pero dice San Juan: «uno de los soldados, con una lanza, le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua» (Juan, Cap. XIX, Ver. 33).

Es este versículo de San Juan un punto que ha dado lugar a controversia entre los estudiosos, y para su explicación se ha recurrido a ingeniosas teorías, que vamos a comentar brevemente.

Según Binet-Sangle, Jesucristo padecía una pleuresía serofibrinosa, explicando así el que al ser abierto el Divino costado, por la herida saliera sangre y líquido serofibrinoso, que San Juan interpreta como agua. Esta hipótesis, herética desde el punto de vista teológico, no tiene consistencia; conforme al dogma católico, Jesucristo tiene dos naturalezas, humana y divina, inconfundibles, y por tanto es una sola persona divina, porque su subsistencia es divina. Y Jesucristo, hombre perfecto, exento de pecado original, Dios-Hombre, no puede padecer enfermedad alguna. Pero si como vemos es imposible una enfermedad en Jesucristo desde el punto de vista teológico, desde el punto de vista médico, tampoco es admisible que un hombre con una pleuresía serofibrinosa haga una vida activa como la de Jesús, en continua predicación durante tres años, con alimentación muchas veces insuficiente y siempre a pie por caminos y lugares ayunos de comodidad y de reposo que tanto necesitan estos enfermos.

Borelli, estima que, durante la flagelación, la vibración de las costillas puede determinar una hemorragia interna y que la sangre permanezca líquida en la cavidad pleural, y lentamente y por la acción de la gravedad, se van sedimentando los elementos formes de la sangre y se separa el suero de los hematíes, y este suero incoloro es lo que el Evangelista llamó *agua*.

Si meditamos un poco y pensamos cómo debieron ocurrir las cosas, te-

nemos que desechar esta teoría. Para que el derrame sanguíneo separe sus elementos formes del suero, se precisa que el continente de ese derrame esté en reposo. Ahora bien, Jesucristo estuvo colgado en la Cruz tres horas con vida; en este tiempo, su tórax respiraría con ansiedad y taquipnea, y por tanto no podía estar en reposo su seno costodiafragmático pleural, y como es consiguiente la sangre en él acumulada no podía coagularse. Por otra parte, entre el momento en que murió (tres de la tarde) y el que recibió la lanzada, debió mediar muy poco espacio, ya que antes de las seis estaba en el sepulcro, y como es natural antes tuvo lugar el descendimiento de la Cruz y el embalsamiento.

Así, pues, científicamente es inadmisibles pensar que un hemotórax traumático tuviera tiempo tan rápidamente de separarse totalmente el suero, que en este caso sería rojizo y no acuoso, como dice San Juan.

Supone el doctor De Bartolomé Re-limpio, en su magnífico «Estudio médico-legal de la Pasión de Jesucristo», que Jesús cargaba la Cruz sobre el hombro derecho, y que precisamente en la primera caída, aplastándose la convexidad de las costillas entre la Cruz y el suelo, debieron romperse varias de éstas, produciéndose, dice Re-limpio, «desgarramientos de los vasos parietales e intercostales, los cuales, al no tener la sangre salida al exterior, la vierten en la cavidad de la pleura». Esta teoría tiene, en nuestro sentir, el inconveniente de que no coincide con el versículo 36 del capítulo XIX del Evangelio de San Juan, que dice: «Pues esto se verificó para que se cumpliera la Escritura: Ningún hueso le quebraréis», profecía del Exodo que ya hemos comentado.

Nosotros estimamos que durante la agonía se va depositando líquido en el pericardio, y que cuando la muerte es rápida, el derrame pericardio es nulo o muy escaso, no así cuando la agonía es lenta, en cuyo caso el derrame es abundante y mucho mayor a medida que la agonía es más duradera. Si consideramos que Jesús tiene una agonía lenta y duradera que realmente empieza en el Huerto de Getsemaní, es decir, casi veinte horas antes de la muerte, y además esta agonía no es una agonía plácida en el lecho, sino después de una multitud de insultos traumáticos (flagelación, corona de espinas, etc.), creemos que es más que suficiente para que en el pericardio se colecciona una cantidad de líquido que al ser rasgado por la lanzada de Longinos salga después de la sangre por la herida del costado Redentor.

Ponemos fin a nuestro estudio meditando en la grandiosidad de todo Un Dios que dió Su Sangre preciosísima por nuestra redención, pidiéndole como Dimas, en el último momento de nuestra vida, para que con su infinita Misericordia nos pueda decir: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Toledo, 30 de Marzo de 1956.
Festividad de Viernes Santo.